

TEMA 7. LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

La resurrección ocupa un lugar central en nuestra fe. *“Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe”* (1 Cor. 15, 14). Así escribía San Pablo hacia el año 55 a los cristianos de Corinto. Es cristiano quien confiesa que Jesús ha resucitado. Y no lo es, quien lo niega. La resurrección no se refiere únicamente a lo que ocurrió con Jesús después de la muerte, sino que se refiere a todos nosotros. *“Si morimos con Él, resucitaremos con Él”*. (2 Tim. 2, 11). Toda nuestra fe, en realidad, queda vacía de sentido, si Cristo no ha resucitado, porque no tendríamos esperanza alguna de salvación más allá de la muerte. Sólo la resurrección de Jesucristo fundamenta y da sentido a nuestra fe.

1. EL HECHO DE LA PASCUA.

Después de su muerte, el pequeño grupo de los que seguían a Jesús, vivió una experiencia que lo transformó completamente: la experiencia de la Pascua. «Pascua» es un término que proviene del idioma hebreo (*pesáh*) y del griego (*pascha*) y significa justamente «paso»; es decir, el «paso» de Jesús de la muerte a la vida. Es decir, la Pascua no consiste en que Jesús regresó a la vida anterior a su muerte, como ocurrió con Lázaro, quien volvió a morir. Jesús resucitado entra en la vida, pero una vida diferente a la que antes tenía, una vida que ya es para siempre y que a la vez es anuncio de la vida que nos espera a todos con Él.

La Pascua fue un hecho «sucedido en la historia» y al mismo tiempo “un misterio de fe», Es el centro de la vida cristiana. Hay en el Nuevo Testamento **tres testimonios** concretos de la resurrección de Jesús: las confesiones de fe sobre ella, los relatos sobre la tumba vacía y las apariciones del Resucitado.

2. LAS CONFESIONES DE FE SOBRE LA RESURRECCIÓN.

Las confesiones de fe son expresiones breves de las primeras comunidades cristianas que testimonian la Resurrección de Jesús. A veces eran plegarias, a veces himnos proclamados o cantados. Eran repetidas y enseñadas y servían para expresar el sentimiento y la convicción de la primitiva comunidad de que el Señor, tras la muerte, estaba vivo. Son los testimonios literarios más antiguos de la resurrección de Jesús.

Las primeras confesiones están en Rom 10, 9 y en 1 Cor 15, 3-5. En 1 Corintios 15, 5, se nos ha transmitido por escrito uno de los primeros testimonios que conservamos de la resurrección de Jesús: *“porque les transmití en primer lugar lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, que se apareció a Cefas y luego a los doce”*. O bien la frase de Rom 10, 9: *“Jesús es el Señor”*. También la frase que encontramos en Lc 24,34: *“El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón”*.

Se trata de fórmulas muy antiguas y ya fijadas, que muy probablemente se repetían en la liturgia o en los cantos de las primeras comunidades y que habían surgido en los orígenes del cristianismo. En ellas se anuncia la Pascua y se resume lo más importante de la fe, sin bajar a explicar todos sus aspectos. Los creyentes confesaban con bastante sencillez y sobriedad que Jesús había sido resucitado por Dios sin detenerse a narrarnos sus apariciones o encuentros con los discípulos.

A veces estas fórmulas forman parte de un himno cristológico primitivo que fue recogido en el Nuevo Testamento. Así, los de las Cartas a los Colosenses (Col 1,15-20) o a los Filipenses (2,6-11). Son himnos donde se resume de alguna manera todo lo que significa el misterio de Cristo, su muerte y resurrección. Por ejemplo, Pablo escribe a los Filipenses:

...” Cristo Jesús, quien, siendo de condición divina, no consideró un logro el ser igual a Dios, sino que se vació a sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, apareciendo externamente como hombre, se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y una muerte de cruz! Por eso Dios lo elevó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” ... (Fil. 2, 6-11).

Estos himnos eran composiciones poéticas que la Iglesia primitiva usaba en las celebraciones de la Eucaristía y en otros actos litúrgicos, tal vez cantándolas, y que, en la brevedad de un poema, expresan todo el misterio de Jesucristo, lo que es la obra, la vida, el ser de Jesús. Con frecuencia están influidos por pensamientos de tipo filosófico o sapiencial de la época o por otras diversas tradiciones judías. A este tipo de confesiones de fe pertenecen también los textos de 1 Cor, 15, 3-5. y Rom 4, 2, 10,9. Muchos de ellos son himnos a Jesucristo como Hijo de Dios.

3. LOS RELATOS DE LA TUMBA VACÍA.

A lo largo de los Evangelios, en varias ocasiones se afirma que el sepulcro de Jesús estaba vacío. La piedra fue removida y un ángel anunció a las mujeres que Jesús había resucitado (Mc 16, 1-8; Mt 28, 1-8; Lc, 23, 55). La tumba vacía aparece en los Evangelios: Lc 24, 1-12; Jn 20, 1-10. Sólo estaban las vendas y el sudario que envolvían el cuerpo de Cristo cuando fue embalsamado después de su muerte. Pero Él no estaba allí. Sin embargo, si observamos con cuidado, el hecho de la tumba vacía para ningún evangelista es una prueba definitiva de la Resurrección de Jesús.

Los relatos sobre el sepulcro vacío no están escritos para probar la resurrección, sino que están escritos *desde la fe ya existente en el resucitado*. En los relatos, en efecto, después de que las mujeres han constatado que la piedra del sepulcro ha sido movida y el sepulcro abierto, un ángel les anuncia la Resurrección. Marcos ni siquiera dice que las mujeres vieron el sepulcro vacío, sino que el joven que se les presentó, les anunció primero la resurrección y después les dijo que no buscaran a Jesús en el sepulcro. Y curiosamente, el relato de Marcos termina diciendo que las mujeres salieron huyendo del sepulcro, asustadas, *“y no dijeron nada a nadie porque temían”*.

Según expertos en la Biblia, en los orígenes de la Iglesia circularon dos tipos relatos sobre la Pascua: unos que se referían a la tumba vacía y otros que hablan de las apariciones. Posteriormente ambos relatos se unieron en el Evangelio, como se observa en Mc 16, 1-8. La antigua tradición de Mc 16, 5a, 8 decía así: *“Las mujeres fueron al sepulcro. Lo encontraron vacío. Huyeron. Y por temor no dijeron nada a nadie”*. La aparición del ángel (Mc 16, 5b-7) y la del propio Resucitado en Juan (Jn 20, 11 ss.) sería un añadido posterior de la otra tradición que únicamente sabe de apariciones, no de la tumba vacía.

Pero los relatos sobre la tumba vacía son abundantes. Los investigadores los han solido entender como leyendas sacras, es decir, una leyenda sacra es un relato que explica por qué algunos sitios son sagrados, por qué un lugar es un centro de peregrinación, un centro donde se da alguna experiencia de Dios. La leyenda explicaría el por qué ese lugar era sagrado.

Ese sería el caso de los relatos sobre la tumba vacía: serían textos tardíos y más bien populares, no científicos en los que se nos transmite el convencimiento de la comunidad primitiva sobre la resurrección del Señor. Para los estudiosos de la Biblia no es muy importante dónde y cómo esté el cuerpo de Jesús, pues los resucitados carecen de cuerpo. Y es que Jesús no volvió a la vida de antes, en la que tenía un cuerpo, no revivió, sino que resucitó. La nueva vida de Jesús es la vida de Dios. Jesús resucitó para nunca más morir. Si simplemente Jesús hubiera “re-vivido” (como Lázaro), habría estado sometido de nuevo a

la muerte. Jesús no volvió a esta vida, sino que resucitó para una nueva vida: la vida de Dios. La resurrección de Jesús no es lo mismo que la de Lázaro o la de la hija de Jairo. La hija de Jairo resucita y vuelve a morir, porque ha vuelto a esta vida. En consecuencia, si se mostrara el cuerpo de Jesús en la tumba, eso no sería ningún argumento en favor de la resurrección.

Jesús resucitado no puede ser fotografiado, porque Jesús no ha vuelto a esta vida. Está fuera del espacio, del tiempo, de las dimensiones. No vive ya nuestra vida, marcada por el espacio, tiempo, peso... Por eso en el Nuevo Testamento Jesús penetra la estancia donde están los apóstoles “*estando cerradas las puertas*” (Jn 20,19.26). El cuerpo de Jesús es, pues, en principio, innecesario para la resurrección. O sea, los relatos sobre la tumba vacía *son como leyendas para comunicar de modo popular que el Señor ha resucitado*. No dan cuenta de todos los datos que nos transmiten los evangelios.

En resumen: todo lo relativo a la tumba vacía que tenemos en los evangelios es dudoso y discutido desde un punto de vista histórico. Hay críticos y teólogos que mantienen que la tumba vacía se dio y fue un signo de la resurrección del Señor, y hay biblistas que creen que la tumba vacía no se dio, sino que es una mera leyenda sacra, una forma literaria para expresar el anuncio de la resurrección del Señor.

Lo importante es que, se diera o no se diera, la tumba vacía es innecesaria e insuficiente para la resurrección de Jesús. «Innecesaria» quiere decir que Jesús puede resucitar sin que el cuerpo tenga nada que ver en la resurrección. El cuerpo, en cuanto conjunto de materia viva es innecesario para la resurrección. Lo físico del cuerpo no necesariamente tiene que ver en la resurrección de Jesús. Lo cual no quiere decir que no sea necesaria en la resurrección de Jesús, como también en la nuestra, la incorporación en la vida de Dios de nuestra dimensión corporal. Pero entonces, como dice Pablo, nuestro cuerpo será un cuerpo espiritual (1 Cor 15,44). El hecho histórico de la tumba vacía no sólo es innecesario, sino que es además insuficiente, como los mismos evangelios dan a entender. Y eso porque la resurrección es la entrada de Jesús en la vida de Dios, y la entrada de Jesús en la vida de Dios no es demostrable.

4. LA DESCRIPCIÓN DE LAS APARICIONES.

En los cuatro evangelios encontramos seis conjuntos literarios con relatos de apariciones: Mc 16,1 y Mc 16,9-20 son dos unidades literarias distintas, pertenecientes a autores distintos. Mateo es una unidad; Lucas otra; y en Juan tenemos dos unidades distintas: Jn 20 y Jn 21. Si a veces es difícil hacer concordar los relatos evangélicos, en el caso de las apariciones del Señor resucitado es absolutamente imposible.

¿A qué se debe esta diversidad? Las apariciones del Señor son encuentros con el Señor resucitado, es decir, experiencias místicas de un *encuentro directo con el Señor*. Y cada uno es diferente. Por eso, el modo como relata Pedro ese encuentro es diferente del modo como lo hacen otros discípulos. Cada uno lo cuenta como puede, porque a ellos les faltan las referencias de otros casos parecidos y porque aquellos que les oyen, si no han visto al Resucitado, tampoco pueden entender mucho. Es que la experiencia del encuentro con Jesús resucitado es un poco inenarrable... Para el que nunca sufrió una quemadura resulta difícil entender la experiencia de quien acaba de quemarse.

No puedo hablar de Dios como alguien “fuera” de mí. Está bien dentro de mí, como alguien distinto de mí, pero mi relación con Él es honda y cercana. El testigo de la resurrección relata la presencia de Jesús como alguien inmensamente cercano. Se pueden distinguir tres tipos de relatos de apariciones:

- a) Narraciones breves. Tienen siempre cinco elementos: 1° Una situación dada que atraviesan los apóstoles o las mujeres. 2° Jesús que les sale al encuentro inesperadamente. 3° Jesús les saluda. 4° Hay un

reconocimiento, a veces dudoso, pero el reconocimiento se da. 5° Reciben —esto es muy importante— una misión: el Señor resucitado les encarga algo. Ejemplo de este tipo narraciones breves es el de Mt 28, 8-10

- b) Narraciones dramatizadas. Son narraciones más amplias. En ellas hay una reflexión teológica sobre el encuentro con el Resucitado. Se dan también los cinco elementos anteriores, pero a ellos se les añaden detalles sobre cómo los testigos han percibido la resurrección. Al comienzo, no reconocen a Jesús, como María Magdalena, o los de Emaús. Y es que Jesús no es perceptible como una persona antes conocida; se puede estar al lado de Jesús sin caer en la cuenta de que es Él. Es que para reconocerlo hacen falta los ojos de la fe. Jesús sólo se aparece a quien pueda creer.
- c) Una mezcla de las anteriores. La comunidad va cayendo en la cuenta de que existen momentos en los que se hace presente el Señor resucitado y en los que se le puede reconocer. Y eso lo expresa también en los relatos. Ejemplo típico es el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24, 30-35). El Señor se les apareció al partir el pan. La cuestión es: ¿dónde está el Señor resucitado presente en la Iglesia? *En el partir el pan*, en la Eucaristía. Ahí es donde se reconoce la presencia el Señor resucitado.

En resumen, Pablo sintetiza en 1 Cor. 15, por el año 55, la experiencia de otros muchos cristianos que sintieron en sí mismos la fuerza del resucitado. Es el testimonio más antiguo de la resurrección de Jesús: *“Desde el comienzo les he transmitido lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, fue sepultado, y según las mismas Escrituras, resucitó al tercer día y se apareció a Pedro, luego a los Doce, después a más de 500 hermanos a la vez, de los cuales algunos ya han muerto, pero la mayor parte viven todavía”*.

Los relatos sobre las apariciones son muchos. Jesús se aparece a María Magdalena (Jn 20, 11-18), a las dos mujeres (Mat 28, 9-10), a los de Emaús (Lc 24, 13-33), a Pedro (Lc 24, 34), a los Once sin Tomás (Jn 20, 24) y con Tomás (Jn 20, 26-29) y cuando pescaban (Jn 21, 1-22). Siempre el Resucitado les trae la paz y les envía a Galilea. Se trata de una presencia real donde pudieron tocar su cuerpo y meter las manos en sus llagas (Jn 20,27). Jesús comió con ellos (Lc 24,43). Los discípulos, tras el encuentro, se transforman en hombres nuevos. El espíritu de iniciativa de Jesús les penetra ahora a ellos hasta tal punto que se convierten en animadores de un movimiento que ya nadie podrá detener, ni las persecuciones, ni los fracasos, ni las divisiones. Ciertamente, algo, una experiencia única ha transformado a estos hombres; ellos afirman que ha sido el reencuentro con Jesús vivo después de su muerte. Se trata de un hecho histórico, es decir, de algo que ha cambiado la historia y el curso de los acontecimientos del mundo.

5. EL NACIMIENTO DE LA IGLESIA.

En medio de la fe en que Jesús ha resucitado tiene lugar *la fundación de la Iglesia*. A ello apuntan algunos de los motivos que encontramos en los relatos de apariciones. Al Señor se le reconoce en el partir el pan, en su Palabra, en la congregación de los discípulos. Los discípulos de Emaús se van de Jerusalén decepcionados en las esperanzas que habían puesto en Jesús. Ahora bien, cuando caen en la cuenta de que es el Señor resucitado aquel a quien han visto, no pueden dejar para el día siguiente el regreso a Jerusalén. Antes era tarde para que Jesús siguiera el camino, y ahora no es tarde para que los de Emaús vuelvan a Jerusalén.

La idea es que Jesús resucitado congrega a la Iglesia. La Iglesia es el grupo de personas que confiesan que el Señor vive y afirman que Dios nunca abandona al hombre justo; merece la pena ser como Jesús y realizar en nuestra vida su mismo itinerario, convencidos de que en ese itinerario de Jesús es donde está el sentido del mundo y el sentido de la historia. Han visto al Señor resucitado, vuelven a Jerusalén para reunirse con los apóstoles. Como dice S. Agustín con una cierta agudeza, los discípulos de Emaús *“invitan a Jesús a entrar a cenar”*.